

# Las formas del silencio

---

Xavier Dueñas



## **Derechos de autor**

© Xavier Dueñas, 2026.

Todos los derechos reservados.

Esta obra está registrada en Safe Creative.

N.º de registro: **2606015843069**

## *Nota del autor*

Hay silencios que no son ausencia. A veces, cuando el ruido se aparta, empieza a escucharse algo que llevaba mucho tiempo esperando dentro de nosotros.

*Las formas del silencio* nació de esa intuición: la de un hombre que conduce sin rumbo, no tanto para llegar a un lugar como para alejarse de una forma de vida que ya no sabe habitar. En el camino encuentra una tierra seca, unas piedras antiguas, una mujer que apenas habla y una calma que no llega como respuesta, sino como presencia.

No he querido escribir una historia sobre grandes revelaciones. Me interesaba más ese instante humilde en que alguien, sin saber muy bien por qué, deja de huir. Ese momento casi invisible en el que el dolor no desaparece, pero empieza a poder mirarse de otra manera.

Quizá todos necesitamos alguna vez un paisaje, una voz sencilla o una presencia silenciosa que nos enseñe a ver de nuevo. No para resolvernos la vida. Solo para recordarnos que todavía podemos regresar a nosotros mismos.

# *Las formas del silencio*

## **El viaje sin mapa**

Conduzco desde hace horas. En algún punto dejé la autopista para entregarme a estas carreteras secundarias, casi vacías, que serpentean entre campos dormidos y montes polvorientos. Llegué a esta tierra apenas conocida como se accede a ciertos libros o personas: por una casualidad inexplicable, o por la voz silenciosa de algo todavía innombrado.

El paisaje se extiende ante mí con la quietud de una respiración antigua, sin artificios, sin la urgencia de impresionar. Hay algo en esta aridez que me serena. Hasta el tiempo parece haberse rendido a la quietud. Y eso me alivia, porque también yo he dejado de hacerlo.

Sin un destino preciso ni razones claras, avanzo porque detenerme me inquieta aún más. Hace semanas, quizás meses, que todo lo que hago se ha vuelto ajeno. Lo intento, pero todo me resulta impostado, como si habitara una historia que ya no me pertenece. Por eso me fui, por eso dejé atrás lo conocido, por eso transito esta comarca extraña y, sin embargo, familiar.

No he venido tras respuestas. Las respuestas me resultan sospechosas, sobre todo cuando se presentan con facilidad. Lo que anhelo es espacio. Silencio. Una rendija por donde el alma pueda respirar. He vivido demasiado tiempo esquivando mis propias preguntas, y ahora, en este silencio, todas parecen aguardarme al borde del camino.

Las llanuras se suceden sin sobresalto. Hay una belleza serena en esta monotonía, una belleza que no exige, que permanece sin imponerse. Y eso también me conforta. La tierra agrietada, los arbustos bajos, las sombras que se desploman como alas exhaustas sobre los sembrados me hablan en una lengua que, sin entender del todo, reconozco. Algo en mí también proviene de aquí. Algo ha resistido demasiado bajo el sol, sin agua, sin promesas.

Sigo conduciendo. La prisa se ha desvanecido, y ningún destino me reclama. Tal vez el sentido no esté en llegar, sino en dejarse atravesar. En rendirse a la calma de lo que existe sin exigir. Acaso vivir, cuando los mapas han quedado atrás, sea esto: aprender a oír al corazón cuando, por fin, puede hablar sin interrupciones.

La carretera se estira ante mí como un hilo de polvo entre la nada y la nada. Ni coches ni pueblos se asoman en el horizonte; solo algunas señales oxidadas indican nombres que nada me dicen. Podría ir en dirección equivocada, pero eso ha dejado de importar. Hace tiempo renuncié a las rutas con destinos precisos. Me basta con avanzar.

El coche es mi único refugio. Una cápsula que me contiene mientras todo alrededor permanece inmóvil. La radio emite una música lejana, apenas un murmullo. Podría apagarla, pero el silencio absoluto me resulta más inhóspito que esta melodía sin rostro. Me reconforta imaginar que hay alguien al otro lado, aunque no entienda su lenguaje.

Me detengo sin motivo claro. Nada reclama la vista ni merece ser fotografiado. Solo la necesidad de llenar los pulmones sin urgencia. Salgo, apoyo los brazos en el capó y enciendo un cigarrillo que no me da placer, solo tiempo. El humo asciende y se disuelve en el aire cálido. Lo sigo con la mirada, como quien persigue una idea que no termina de llegar.

Frente a mí, el campo se abre con la desnudez de una verdad esencial. Ausentes los árboles altos, escaso el verdor que consuele. Solo esta tierra reseca, estas ondulaciones suaves como suspiros que el tiempo ha dejado suspendidos. Me evoca emociones antiguas, sepultadas tan hondo que se han endurecido como piedra.

Me pregunto, sin decirlo, si este paisaje no es un espejo de lo que llevo dentro. Una forma de recordarme que incluso lo que duele, con el tiempo, puede volverse sereno. Tan verdadero como difícil, pero sí más liviano.

Regreso al coche sin apuro. Lo arranco y continúo, como si esa pausa, sin razón aparente, hubiera bastado. A veces, eso es suficiente: un instante detenido para recordar que aún estamos aquí.

Mientras el coche retoma su curso, algo se suelta dentro de mí. Nada irrumpe con fuerza, ninguna imagen sacude el alma ni aparece figura alguna en el camino. Es esta quietud la que habla, la que me toca sin levantar la voz. El paisaje, en su silencio, se ofrece como presencia fiel, y en su compañía serena, comienzo a escuchar lo que habita en mí.

Durante años creí que moverse era la clave. Que avanzar era sinónimo de libertad. Pero ahora, en esta recta infinita que nada promete, empiezo a sospechar que quizá estaba equivocado. Tal vez vivir no consista en avanzar, sino en detenerse justo donde comienza el dolor. No con intención de permanecer, sino para contemplarlo sin máscaras ni excusas.

Una parte de mí se resiste. He aprendido demasiado bien a huir del dolor. Pero otra parte — más antigua, más fatigada, quizás más sabia— se entrega al presente. A este paisaje seco que permanece sin reclamar. A esta tierra que, sin saberlo, empieza a mostrarme el lugar exacto donde algo en mí aún puede florecer.

Y aunque siga sin comprenderlo, aunque el vacío conserve su peso, sigo conduciendo con una suavidad nueva. Como si, por primera vez en mucho tiempo, pudiera empezar a estar verdaderamente donde estoy.

### **Encuentro con la pastora**

Detuve el coche sin una razón concreta. No hubo señales ni urgencias. Solo una inclinación del cuerpo, un impulso casi imperceptible guiado por el aire —una vibración leve, un cambio sutil en la luz— que me indicó que debía detenerme allí.

A la derecha del camino, a pocos metros, distinguí una figura sentada sobre una piedra. Dudé al principio si era real o una ilusión del cansancio, pero a medida que mis ojos se acomodaban al resplandor, vi con claridad a una mujer inmóvil, rodeada de un puñado de ovejas que pastaban con la misma serenidad que ella irradiaba. Parecía fundida con el paisaje, modelada por él, y acogía esa forma con una naturalidad ancestral.

Sentí un reflejo de desconfianza, una sensación de ajenidad, como si hubiera irrumpido en una escena que no requería testigos. En un mundo rendido a la velocidad y la utilidad, su quietud absoluta despertaba una extrañeza profunda, como si ese gesto sencillo escondiera un saber antiguo.

Sin embargo, algo me atrajo hacia ella. Tal vez la sed, o la necesidad de una presencia sin demandas, o simplemente la intuición de haber alcanzado un lugar donde el tiempo podía aflojarse. Caminé sin apuro, sin palabras preparadas. Ella me miró brevemente, sin sorpresa, como si hubiera previsto mi llegada. Asintió con un gesto leve, el mismo que se ofrece a un animal cansado que busca sombra, y señaló con la mano una piedra junto a la suya.

Me senté. La piedra estaba tibia, su calor me atravesó con la suavidad de una caricia seca. Ella me ofreció una cantimplora sin decir nada. Bebí. El agua sabía a tierra, con un regusto áspero, pero me pareció lo más vivo que había probado en semanas. En ese acto —un sorbo compartido sin preguntas ni nombres— sentí cómo algo en mí se replegaba, como una tela que al fin cesa de ondear.

El silencio bastaba. Frente a nosotros, los torrollones se alzaban como gigantes dormidos, esculpidos por un tiempo ajeno a los relojes. La mujer los observaba con la ternura de quien reconoce algo profundamente suyo. Entonces, sin apartar la vista, murmuró:

—Hay memorias que solo se sostienen en piedra.

No respondí. Sus palabras tocaron un punto profundo, una raíz olvidada.

—¿Cuánta distancia hay hasta Sodeto? —pregunté, más por llenar el aire que por buscar respuesta.

Ella giró apenas el rostro y volvió a mirar al frente:

—Depende. Si uno va por dentro, puede que tarde más.

Permanecí de pie unos segundos, sin saber si marcharme o quedarme. Entonces, sin mirarme, extendió una mano y señaló una sombra bajo una encina inclinada, cansada también de sostenerse.

—Si quiere sentarse... el sol hoy pesa más que de costumbre.

Asentí y caminé hacia el árbol. La tierra ardía, pero no incomodaba. Me dejé caer como quien ya no sostiene ningún plan, soltando el cuerpo entero.

Ella sacó de nuevo la cantimplora y me la ofreció. Bebí sin pensar. Luego señaló los torrollones con un leve movimiento del mentón, como quien presenta a antiguos conocidos.

—Son como las personas —dijo—. Solo cuando uno se detiene, empieza a verles el rostro.

La observé sin palabras. Algo en mí comenzaba a moverse, lentamente, como un brote que rompe la tierra.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos allí, sentados, mirando en la misma dirección. Pero recuerdo con nitidez la sensación que empezó a formarse, primero como un murmullo tenue, luego como una certeza suave: algo se abría.

Quizá fue su forma de habitar el espacio sin invadirlo. O la hondura de sus silencios, que no eran vacío, sino abrigo. O esa calma antigua, firme sin ser dura, que emanaba de ella como la sombra de un árbol que sabe esperar.

Comprendí que llevaba tiempo huyendo de la quietud. Había corrido, hablado, planificado, incluso soñado para evitar quedarme a solas conmigo. Pero allí, junto a esa mujer que no

necesitaba saber quién era, ocurrió lo inesperado: por primera vez, no sentí la urgencia de marcharme.

No lo decidí. Simplemente permanecí. El cuerpo soltó su defensa, la mente dejó de empujar. Y en ese quedarse sin razón ni meta, una grieta mínima —apenas un hilo de luz— empezó a respirar.

No era todavía paz, ni revelación, ni alivio. Pero sí un principio. Un estado nuevo. Como si, tras tanta urgencia, pudiera al fin concederme el derecho a la duda, al no saber, a la simple presencia.

Y eso, aunque aún no lograra nombrarlo, ya era una forma distinta de mirar.

### **La caminata entre torrollones**

No lo dijo, pero su gesto fue claro. Se levantó con la naturalidad de quien no inicia nada, solo prosigue lo inevitable. Sin girarse, sin palabras, emprendió el camino hacia los torrollones. En su paso no había urgencia ni dirección precisa. Caminaba con la calma ritual de quien conoce desde siempre que no todo exige explicación.

Me levanté sin saber por qué, como si una fuerza callada me invitara a seguirla sin pensarlo. No hubo una elección consciente, solo el impulso leve, casi instintivo, de no dejar que el hilo sutil que nos había unido se disolviera tan pronto. Caminé tras ella, un paso detrás, cuidando de no quebrar el silencio que envolvía el paisaje como un velo antiguo.

El sol ardía sobre nuestras cabezas, pero allí el calor no pesaba. La tierra, salpicada de piedras y de formas imposibles, comenzaba a delinear contornos que no lograba descifrar. Todo era ajeno, y sin embargo no me intimidaba. Era el territorio hablaba un idioma extraño, y sin saber cómo, su ritmo me resultaba familiar.

No mediaron palabras, pero cada paso compartido hablaba en su propio idioma, tejido de presencia y silencio. Avanzábamos al mismo compás, compartiendo algo más profundo que la conversación: una misma respiración, una cadencia común del alma. Sentí que atravesaba un umbral invisible, no en el espacio, sino en mí. Dejar atrás el coche y el asfalto era, también, dejar atrás la urgencia de control, de sentido, de dirección.

Ignoraba adónde nos dirigíamos, y cuánto duraría esa marcha. Pero, por primera vez en mucho tiempo, esa falta de certezas no me pesaba. En su presencia, y en aquel paisaje inmóvil y arcaico, descubrí una intuición nueva: que quizá no hacía falta llegar a ningún sitio para hallar algo valioso.

Así, seguí caminando. Con los ojos abiertos, sí, pero sobre todo con el corazón en un estado reciente, como si una puerta interior —que había cerrado sin saberlo— comenzara por fin a ceder.

Nos deslizábamos entre las formaciones rocosas como si recorriéramos el interior de un sueño antiguo. El suelo, irregular y erosionado, exigía atención, decisión en cada paso. En ese gesto había algo primitivo, casi sagrado: no se trataba de avanzar sobre un terreno, sino de ser atravesado por él.

Las piedras se alzaban a ambos lados, testigos mudos de algo que ocurrió mucho antes de nosotros. Eran más que fragmentos geológicos: verdaderas presencias. Algunas, moldeadas por el viento, mostraban curvas suaves, como cuerpos dormidos; otras, agrietadas y severas, parecían heridas solidificadas en la piedra.

Ella se detuvo frente a una roca inclinada y con la punta del bastón señaló una forma. Al principio no vi nada. Pero al mirar con más detenimiento, lo intuí: un rostro, o su esbozo, con la frente vencida y una boca que sostenía un grito ya apagado. Guardó silencio absoluto. Solo me miró, con la intensidad de quien ofrece un espejo.

Algo se movió dentro de mí. Más que un recuerdo nítido, fue un torbellino de imágenes dispersas: la habitación donde pasé mi infancia, una tarde en la que creí que el mundo podía sostenerme, un rostro amado que aprendí a mirar demasiado tarde. Las piedras me devolvían retazos de mi historia, no como reproche, sino como una memoria callada y necesaria, que reclamaba ser reconocida.

Ella siguió andando hasta otra piedra más baja, marcada por una hendidura suave. Parecía un animal dormido, o tal vez un corazón: una forma desnuda, vulnerable. Me agaché y la toqué. Estaba tibia, no solo por el sol; sentí que ese calor venía de más profundo. Cerré los ojos, solo un instante, y el silencio se volvió más denso, más pleno.

Seguíamos sin hablar, pero dentro de mí las palabras se agitaban como agua que ha estado demasiado tiempo contenida. Aún no eran frases, ni ideas concretas. Eran emociones, nombres, preguntas, pérdidas: todo lo que había escondido en rincones oscuros, todo lo que había temido mirar.

Y entonces comprendí: no era ella quien me guiaba. Eran las piedras. Ella solo sabía escuchar su lenguaje. Y ese lenguaje —seco, paciente, sin adornos— comenzaba a mostrarme algo que no se aprende en los libros ni se alcanza viajando: a mirar hacia dentro sin escapar.

Continuamos en silencio, pero ya no era el mismo. Había ganado peso, espesor. El paisaje había dejado de ser un escenario para volverse un espejo inmutable que me devolvía una imagen distinta de mí: no más joven, no más fuerte, pero quizás un poco más real.

Las piedras, con sus grietas, sus líneas torcidas, sus capas de polvo acumulado, empezaban a parecerme hermosas. No eran hermosas por su forma, sino por la historia de resistencia que llevaban inscrita. Allí seguían, erguidas, desgastadas pero firmes, como si cada herida les hubiera otorgado una dignidad callada, una forma de resistencia sin palabras. No se oponían al paso del tiempo ni lo negaban. Permanecían, sencillamente, en su ser intacto.

Y yo, que había considerado mis cicatrices como marcas vergonzosas, empecé a preguntarme si no habría en ellas también algo valioso. Gracias a sus ruinas, no a pesar de ellas.

Por un instante, dejé de buscar respuestas. Dejé de hacer preguntas. No era que hubieran perdido importancia, sino que comprendí que, como esas piedras, también yo podía concederme el derecho de simplemente estar. Sin explicarme. Sin justificarme. Sin urgencia de definir el siguiente paso.

Me sentí menos perdido. No por haber encontrado una ruta, sino por descubrir que perderse también puede ser una forma de hallarse. Que hay lugares dentro de uno que solo emergen cuando uno se rinde, cuando deja de forzar y permite que la tierra —o una piedra, o el silencio de un mediodía sin testigos— le hable con su voz profunda.

Y aunque no lo supe entonces, algo se había desplazado dentro de mí. Algo minúsculo, casi imperceptible, pero suficiente para que el mundo, al girar, empezara a sonar de otro modo.

### **Confesión al atardecer**

Llegamos al risco cuando el sol empezaba a ceder, buscando también su descanso tras un día de largas distancias. Ni árboles, ni señales, ni caminos marcaban aquel lugar; todo era puro, intacto, sin huellas humanas. Solo el cielo desplegándose sobre nosotros y una extensión de tierra que se desvanecía en el horizonte, desvaneciéndose el mundo, manso, en su propio borde.

Nos detuvimos en silencio. Ella se quedó unos pasos atrás, como quien comprende que ese es un lugar al que uno debe llegar solo. Avancé hasta sentir el abismo bajo los pies y me senté, no por cansancio, sino porque algo en mí —una coraza, una pretensión antigua de fortaleza— finalmente había cedido.

El viento soplaba con firmeza. Tenía el tacto de una caricia áspera, de una voz que no consuela, pero dice la verdad. Me dejé envolver por ese aliento y, sin preverlo, las palabras comenzaron a surgir.

Fueron pocas, y bastaron. No conté toda la historia, ni justifiqué decisiones. Dije lo esencial, lo que el alma guarda en su rincón más hondo: que dolía, que había dolido mucho. Que un día todo en lo que creía se quebró. Que intenté seguir, como todos, como me enseñaron. Que fingí firmeza, que acumulé silencios, que me alejé. Me importaba, pero no supe cómo permanecer en medio del derrumbe.

Ella me escuchó sin interrumpir, sin girarse, sin más gesto que una atención serena, reverencial. Su silencio no era vacío, sino comprensión: hay dolores que no exigen respuestas, solo espacio.

Cuando terminé, cerré los ojos. Era como si, al decirlo en voz alta, la herida dejara de esconderse, y eso —aunque no curara— ya aliviaba.

Entonces, sin una palabra, se acercó y depositó en mi mano un pequeño manojito de hierbas secas. Olían a sol, a tierra, a algo limpio y remoto. Me miró con una suavidad firme y dijo:

—Esto también cura, si uno se deja.

La luz descendía sobre los campos como un velo dorado, envolviéndolo todo con una ternura melancólica. Las sombras se estiraban despacio, como si quisieran rozar por última vez lo que ya se despedía. El viento, que en otros sitios habría sido un fastidio, aquí parecía obedecer un propósito, con una precisión que parecía tener sentido propio.

No hubo plan de hablar, ni sentí aquella urgencia que a veces brota cuando el silencio se vuelve insoportable. Fue otra cosa. Una grieta que se abrió, y el atardecer —con su mezcla de belleza y fin— me otorgaba permiso para decir lo no dicho. Y entonces, sin preámbulos, lo nombré:

—Me fui —murmuré—. Me dolía. No supe volver.

No agregué más; ya era suficiente. En esas tres frases se contenía todo: confusión, culpa, nostalgia, pérdida. Me fui de un lugar, pero también de una persona, de una promesa, de una versión de mí que ya no supe sostener. Me dolía algo que no tenía forma, pero ocupaba todo el interior. Y cuando intenté volver, creí que ya era tarde.

Ella no dijo nada. No hubo consuelo preparado, ni palabras prestadas. Solo se acercó y, con la naturalidad de una madre que alisa la frente de un hijo con fiebre, puso en mi mano otro manojito de hierbas. Eran simples: lavanda, romero, tomillo. Pero el gesto era profundo, sin nombre.

Su mirada no traía lástima, ni frialdad. Me miró como se mira a quien, tras mucho andar, finalmente ha dicho su verdad. Sin prisa, sin juicio, sin querer cerrar nada. Y eso, en ese momento, fue más que suficiente.

Durante años creí necesitar explicaciones, motivos que volvieran comprensibles mis errores. Pensaba que una palabra exacta, un gesto preciso, podrían devolverme la paz. Pero allí, frente a ese horizonte que se deshacía en tonos de cobre y ceniza, comprendí lo que en verdad había faltado: una presencia sin juicio, una mirada que no pidiera cambios, un silencio que no exigiera llenarse.

Ella no ofreció perdón, ni promesas. Ofreció su estar. Su forma de escuchar sin apropiarse de mi dolor fue la compañía más delicada que había recibido en mucho tiempo. Y ese gesto —tan simple, tan humano— me alivió más que cualquier palabra.

Me di cuenta de que ya no quería seguir huyendo. No porque supiera qué hacer, sino porque entendí que también la huida me estaba quebrando. Y si algo debía romperse, prefería que ocurriera desde dentro, con sentido, no desde fuera, por miedo.

No necesitaba regresar ni reparar lo perdido. Tal vez algunas cosas no se reparan. Tal vez solo se abrazan, con la ternura que uno se niega tantas veces, y se sigue. Con humildad más que con fuerza o certezas.

Y en ese instante, aunque el viento aún soplara fuerte y el sol casi no rozara la tierra, supe que algo en mí había comenzado a regresar.

### **Regreso con otra mirada**

No sé cuánto tiempo pasó desde que me senté en aquel risco hasta que el cuerpo, por sí solo, decidió levantarse. Tal vez dormí, o simplemente estuve, libre de hacer o pensar, y durante un rato, la vida me ofreció un descanso de mí mismo. Cuando abrí los ojos, el sol ya se había retirado por completo, y una brisa más fresca comenzaba a anunciar la llegada de la noche. La mujer se había marchado. Ni sus ovejas, ni el bastón, ni su sombra permanecían. Solo quedaban las hierbas en mi bolsillo y el leve olor a romero que, de algún modo, seguía haciéndome sentir acompañado.

Volví al coche sin apuro, liberado de esa prisa muda que tantas veces me había empujado, como si algo invisible me persiguiera. Ya no sentía urgencia ni destino. Solo una nueva disposición a caminar, a avanzar para regresar. No hacia un sitio físico, sino hacia esa parte de mí que había permanecido dormida, quieta, esperando con paciencia su momento para ser habitada de nuevo.

Me senté al volante, encendí el motor, y mientras el coche retomaba su marcha por la carretera solitaria entre Sariñena y Sodeto, comprendí que algo se había quebrado en silencio. No fue una ruptura estrepitosa; no surgieron lágrimas ni gritos. Solo una grieta minúscula, como las que se abren en la tierra tras una lluvia persistente. Y por esa grieta, lo supe, algo comenzaba a brotar.

La misma recta que antes me parecía interminable ahora se extendía con una suavidad distinta. Su aridez y belleza seguían igual, pero mis ojos la veían de otra manera. Todo parecía distinto, aunque nada hubiera cambiado.

El coche avanzaba sin esfuerzo, en una marcha serena. La carretera, bañada por la primera luz del día, se ofrecía con una claridad nueva, sin el rigor del mediodía ni la nostalgia del atardecer. Era una luz modesta, sincera, que no buscaba impresionar, solo mostrar lo que siempre estuvo allí, aguardando una mirada distinta.

Encendí la radio por costumbre, sin intención concreta. Sonó una canción suave, de esas que no llaman la atención pero permanecen, como un susurro que acompaña sin imponerse. No reconocí ni la melodía ni la letra, pero eso carecía de importancia.

A lo lejos, en el retrovisor, los torrollones volvieron a dibujarse, ya no como figuras ajenas, sino como parte de mí, íntimamente ligados a mi memoria reciente. Los contemplé con gratitud y asombro, como se contempla a un rostro querido que estuvo presente en un instante decisivo. Preferí no girarme por completo, más por respeto que por temor a perder el rumbo: había algo sagrado en dejarlos ir así, diluyéndose poco a poco, hasta desaparecer en la línea ondulante del horizonte.

Movido por un impulso simple, detuve el coche una vez más. Bajé, caminé unos pasos hacia la cuneta y recogí una piedra. No era especial, ni brillante, ni distinta a las demás, pero era mía. La tomé no como un recuerdo, sino como un ancla. Una forma tangible de llevar conmigo la certeza de que algo se había transformado.

Volví al coche, coloqué la piedra en el asiento vacío de al lado y seguí conduciendo. El rumbo seguía sin precisión, pero avanzaba. Con otra mirada. Con otro peso en el alma. Con el miedo menguado.

Conduje un buen rato sin pensar en nada preciso, dejando que el paisaje, con su austera belleza, acariciara mi mirada sin exigencias. A ambos lados, los campos seguían iguales: secos, polvorientos, salpicados de arbustos solitarios y hileras de olivos sin sombra. Pero dentro de mí, algo era distinto. No el paisaje, sino mi forma de mirarlo. No la carretera, sino mi modo de recorrerla.

Comprendí que no se trataba de alcanzar un destino ni de resolver lo quebrado. Se trataba, simplemente, de aprender a mirar. De coincidir, aunque sea una sola vez en la vida, con alguien que te enseñe a ver lo que tú solo no podrías. No por falta de ojos, sino porque el alma, a veces, se cierra de tanto doler.

La piedra seguía en el asiento contiguo, una pequeña presencia muda que me recordaba que incluso lo más simple puede volverse sagrado cuando encierra el peso de lo vivido. Ignoraba qué haría con ella, si la conservaría o la olvidaría en algún rincón. Pero, en ese instante, bastaba saber que me acompañaba.

Y mientras el sol se alzaba del todo y el mundo despertaba lentamente, pensé, con una calma que hacía mucho no sentía:

*"De eso se trata", me dije. "De coincidir con alguien que te enseñe a ver de nuevo. Como cuando uno recupera la vista después de una larga noche."*

Y sonreí.

Porque dentro de mí comenzaba a nacer una calma nueva, delicada, silenciosa.

Por fin, comenzaba a estar en paz.